

El Porvenir del Obrero

N.º 90

1.º Febrero 1902

Oficinas: Moreras 12, 2.º — Mahón (Baleares)

Como el artículo **Amor Libre** que publicamos en el número anterior ha sido objeto de animados comentarios ofrecemos publicar cuantos escritos nos envíen para contradecir las afirmaciones en aquel contenidas.

Nuestro compañero J. Mir, seguro de sus convicciones, tendrá mucho gusto en entender con los que quieran sustentar opiniones contrarias, siempre que sean razonables y no salgan de las formas usuales entre personas educadas:

Idealistas y positivistas

Los que miramos el porvenir con optimismo, anhelando una mejor organización económica en que todos los hombres podrán satisfacer cumplidamente sus necesidades, nos vemos acusados, al mismo tiempo y por las mismas gentes, tan pronto de *idealistas* que corremos tras vanas utopías, como de *positivistas* groseros que solo atendemos al estómago, que solo nos ocupamos de prosáicas cuestiones de intereses.

Parece extraño que este doble juego pueda subsistir mucho tiempo sin que se decidan nuestros impugnadores por una ú otra de las dos acusaciones, que claramente se contradicen.

En verdad; no merecemos ni una ni otra.

No somos idealistas en el sentido de apartarnos de la realidad; ni positivistas en el sentido de carecer de aspiraciones elevadas, merecedoras de poner en ellas todo el cariño de que es capaz un corazón generoso.

Tenemos un ideal, es verdad, pero un ideal práctico; no fundado en palabras vacías, sino en realidades positivas.

Somos positivistas, sí, pero de un positivismo que no se limita á nosotros mismos, ni á nuestro tiempo, que puede compararse con ventaja con los ideales más hermosos que han impulsado á la humanidad por el camino del progreso.

Nuestro ideal es la felicidad positiva de los hombres sobre la tierra.

Creemos que esta felicidad es posible, y que el fundamento de ella es la salud del cuerpo. Fácilmente creemos en la existencia del alma humana, cuando se demuestre; pero ésto de ningún modo amenguará la importancia que á la salud corporal concedemos. El alma no sería un estorbo, como tampoco es necesaria para nuestro objeto; es como Dios en el sistema cosmográfico de Laplace: una hipótesis inútil.

La salud del cuerpo solo puede subsistir gracias á la satisfacción de todas las necesidades naturales: una suficiente nutrición, vestido y albergue para resguardarse de las temperaturas extremas, cuidados especiales en los primeros años y en los últimos de la vida y en las enfermedades eventuales; pero como estas necesidades no podrán satisfa-

cerse cumplidamente mientras dure la actual organización económica, por esto deseamos y procuramos sustituirla con otra más justa, más científica, que impida el que sean acaparados por unos pocos los medios que pertenecen á todos y todos necesitan.

La humanidad ha aceptado muchas sujestiones contrarias á su bienestar; ha luchado por cosas perniciosas que le han perjudicado en vez de favorecerla; muchos que se han presentado como bellos ideales solo han servido para remachar las cadenas de la esclavitud, para lanzar á unos hombres contra otros y para fortalecer el predominio de unos pocos en perjuicio de todos los demás. Pero no hablemos de esas falsificaciones del ideal humano, ya que refiriéndonos solamente á los verdaderamente bellos, los de libertad y justicia, podemos afirmar, sin miedo á que se nos contradiga con razones, que no serán realizables en el mundo mientras no se hayan resuelto las cuestiones económicas del modo que nosotros apetecemos. Nuestro positivismo encierra la posibilidad de todas las grandes ideas.

El ideal de la felicidad humana ¿les parecerá menguado á los idealistas? ¿les parecerá poco positivo á los positivistas?

M.

La muerte del tirano

Al fin llegó para él la hora de la justicia. ¿Qué se había hecho de su grandeza, de su poderío, de su prepotencia, de su orgullo? Lívido, demudado, aguardaba la muerte de manos de aquel pueblo al que por tanto tiempo esclavizara. No veía en torno suyo sino ojos centelleantes y ademanes de amenaza. Ni una mirada de piedad se fijaba en el miserable que fué, en sus días de poder, azote de la especie humana.

El Hércules de fuerza irresistible, el gran gigante de millares de brazos, dió tregua un momento á las expansiones de su inmensa cólera, como si hubiera querido gozarse en el espanto de su víctima. Un silencio lúgubre, más amenazador y siniestro que todos los tumultos, reinó algún tiempo alrededor de aquel desdichado. Parecía como si la muchedumbre se recogiera en sí misma antes de dar rienda suelta al demonio de sus venganzas.

—No basta que muera—clamó desde el seno de la multitud una voz saturada de odio.—Es preciso que expie sus crímenes uno por uno. Pague al pueblo lo que ha hecho al pueblo. Ojo por ojo, diente por diente. Acordaos de la pasada opresión. ¡Cuántas vidas arrebatadas, cuantos tormentos sufridos, cuantas viudas, cuántos huérfanos, cuantas madres sin hijos, cuantas doncellas deshonradas, cuantos patrimonios robados, cuantas víctimas sacrificadas por su despotismo, muertas á manos del dolor ó entre las garras del hambre! ¿Qué es una vida á cambio de tales horrores? Hay que hacer sufrir á ese monstruo lo que él ha hecho sufrir. Así lo impone la santa ley de la expiación.

Arrebatada de cólera iba ya la muchedumbre á precipitarse sobre el objeto de su execración, cuan-

do un anciano de aspecto venerable se interpuso valerosamente entre la víctima y sus verdugos, exclamando:

—¿Qué vais á hacer, insensatos? ¿Qué loca pretensión es la vuestra? ¿Juzgáis posible hacer sufrir á ese hombre uno por uno todos los males que ha causado? Tiene él millares de vidas que le arrebatéis, millares de hijos que podáis inmolar, millares de cuerpos para sufrir, millares de miembros que perder, millares de corazones que angustiar? Atemperad vuestra justicia á la pequeñez del reo y no á la magnitud del delito. La capacidad del crimen excede infinitamente en el malvado á la de la expiación. Que cada uno de vosotros devuelva al ofensor solo una parte mínima, insignificante, del mal que de él ha recibido. Que la madre que haya perdido un hijo por culpa de ese hombre, hunda tan solo un alfiler en sus carnes. Que aquel á quien ha hecho perder un miembro, pueda arrancar con sus uñas un trozo de su piel. Que el deshonrado por él pueda escupirle y el arruinado golpearle. Que ninguno se exceda en el castigo más allá de este límite. Que midiendo de un lado el agravio y de otro la reparación, nadie pueda desconocer la magnánima generosidad que ha dominado en vuestras almas al instinto de la venganza.

Siguió á estas palabras una terrible escena. Con la serena calma de quien cumple un deber, iban destacándose uno á uno de la gran masa popular cuantos fueron un día víctima del tirano. Cada cual imponía su parte de castigo. A un vengador sucedía otro y otro en serie inacabable.

La muchedumbre se agitaba como un mar en incesante remolino. Poco á poco el cuerpo del tirano, graeciado, retorciéndose entre tormentos espantosos, iba perdiendo la forma humana. Primero fué una máscara trágica y sangrienta, luego un esqueleto, solo á trechos cubierto de carne. Después algo informe, monstruoso, indiscernible, un montón sin nombre de restos ensangrentados, un desperdicio de matadero, propio para manjar de perros.

Cuando la muchedumbre, calmada su cólera, se hubo retirado, al contemplar aquel espectáculo tan repugnante como horrible:

—¡Qué horror!—no pude menos de exclamar.

Sentí que una mano se posaba en mi hombro. Era la del anciano del venerable aspecto que había prescrito poco antes al pueblo la forma en que debía ejecutarse el martirio del tirano.

—Es horrible, ¿verdad?—me dijo—Si, es un espectáculo espantoso. Y, sin embargo, sobre esos restos que ahí yacen en el polvo no se ha ejercido más que una parte mínima, apenas apreciable, de las violencias que ese malvado consumió un día contra sus semejantes. Un millón de cuerpos destrozados como ese cuerpo apenas darían idea de la hecatombe causada por la tiranía.

¡Tan gran daño puede causar un solo delincuente, cuando la flaqueza, la ceguedad ó las preocupaciones de los hombres ponen en sus manos el poder, que solo para defenderse contra tales seres instituyó la sociedad.

Alfredo Calderón

Si los pueblos ajusticiaran á los poderes asesinos, si se negaran á dejarse matar sin razón, si se sirvieran de sus armas contra los que las pusieron en sus manos para matar, la guerra quedaría pronto anulada, muerta.

GUY DE MAUPASSANT

CON LA CARGA Á CUESTAS

Durante el interminable día, caluroso y largo, como de verano, que Juan había pasado en el campo segando, una inquietud viva y tenaz atormentó el ánimo, bastante decaído, del pobre jornalero.

Más que los ardorosos rayos del sol rabioso, cayendo á plomo sobre su cabeza, mal defendida por las palmas calcinadas de un tosco sombrero de anchas alas le atormentaba la idea del estado en que había dejado á su pobre padre, muy enfermo desde hacía tiempo, y que por falta de cuidado iba agravándose.

El calor, aquel día asfixiante, como si lloviera fuego, hacía que la respiración del obrero agrícola fuese fatigosa en extremo, á pesar de que en estas cotidianas batallas del trabajo, la costumbre, segunda naturaleza, suele dar la resistencia del hierro á los que sufren todas las inclemencias y rigores de las estaciones extremas.

Pero ni el dolor, que por momentos atormentaba su cabeza, ni el ardor de su tostada piel, bajo la cual le parecía que circulaba el fuego, ni las fatigas que se iniciaban en su apretada garganta, secas sus fauces y sufriendo los tormentos de una sed inextinguible y abrasadora, le apuraban tanto como el recuerdo tenaz, clavado con tenazas candentes en su cerebro, relativo al pobre viejo que acaso agonizaba sin el consuelo de que una mano cariñosa cerrase sus ojos.

Era esta idea, fatal como una espina muy punzante, que le hería despiadadamente.

Cuando terminó la penosa jornada, faltóle tiempo para ir á la aldea inmediata.

Cubierto de sudor, jadeante, sucio por el polvo y la humedad reiterada de la continua transpiración, oliendo mal, con las emanaciones de un cuerpo en que la pulcritud dejaba que desear por la dureza del trabajo, llegó el infeliz á la casucha que le servía de morada.

El enfermo había empeorado.

Con voz desfallecida, que conmovió á su hijo, le rogó que lo llevase al hospital, distante dos leguas de la aldea.

—De otro modo—decía—falto de auxilio moriré sin remedio.

Y la verdad era que el desventurado tenía razón. Sin auxilios facultativos ni alimento, le esperaba la muerte de un perro abandonado.

En vano suplicó el pobre Juan que le prestaran un carro, una caballería siquiera donde conducir al paciente.

El egoísmo, rudo á sus clamores, ó se desentendió completamente, ó inventó disculpas y pretextos.

Quizás aducía el temor de que la enfermedad podía ser contagiosa, y se encogía de hombros, demostrando en trance tan apurado la más cruel indiferencia.

No tuvo Juan otro remedio que cargar con su padre á costas, y conducirlo por aquellos barrancos y vericuetos, tambaleándose por el exceso de fatigá.

Faltaba media legua para llegar al hospital, y en una piedra enorme colocó el enfermo para reponer un poco sus fuerzas.

Era la cuarta ó quinta vez que descansaba.

Del pecho del anciano se escapó hondo suspiro, y después, con voz quejumbrosa y apagada, le dijo á su valeroso Juan:

—También tuve yo, hijo mío, que conducir de este modo á mi padre que, enfermo y sin recursos, murió en el hospital. Y también tuve que descansar en esta piedra, como tú haces ahora.

Y después de otro suspiro, no menos ahogado, dijo alzando los tristes ojos al cielo:

—¡Ah! ¿por qué hay castas de hombres que heredan las miserias y sufrimientos de los suyos, como otros heredan las grandezas?

A. F. y García

FRAGMENTO

El pueblo que no siente el peso de la tiranía ha llegado á tal grado de abatimiento, que no concibe ninguna forma de libertad. Sin embargo, como la privación total de ese sentimiento natural no proviene de los individuos, sino de los prejuicios arraigados en su corazón de tal suerte, que han logrado borrar el más pequeño rayo de la razón natural, la humanidad exige que se deplore tal error, sin abandonar á pueblo tan despreciable y ya tan despreciado. Nacido en la esclavitud, en ella educado, ¿de dónde pudo recibir la idea de la libertad?...

Los pueblos actuales merecen más nuestra compasión que nuestro desprecio. Inocentemente, por ignorancia y sin darse cuenta de ello, son los cómplices del crimen de servidumbre, del cual soportan la pena más grande y terrible.

Los hombres que piensan deben valerosamente imprimir el sello del menosprecio sobre la frente de cuantos, á sabiendas y disponiendo de algún medio, saben que son esclavos y traicionan diariamente la verdad, faltan á sus deberes y á los que la sociedad les impone para arrojarlos á los pies del déspota, adulándole y doblando su cabeza bajo tan infame yugo.

El objeto de tan afrentoso pacto no es otro que el de aumentar las cadenas del pueblo desgraciado é inocente, cerca del cual, para conseguir sus criminales intenciones, vienen á ser pérfidamente los ardientes propagadores de toda clase de funestas ignorancias.

Los hombres que merecen las cadenas de la esclavitud son aquellos que, habiendo sentido en sus corazones las ideas de libertad, en vez de intentar reconquistarlas por los medios que estén á su alcance, prefieren la servidumbre á la libertad, glorificándose en las vergonzosas distinciones que obtuvieron por su infamia, obligando á los demás por cuantos medios disponen, á permanecer sometidos al mismo yugo.

Alfieri



CONTRASTE

Espléndido salón, bellos tapices, del Arte y la Natura los primores, en aromas, colores y matices de hermosos cuadros y fragantes flores.

Consejeros y socios de la empresa en mullidos sillones reclinados, trabajan sin descanso en una mesa cubierta de licres y de helados.

Entre cuentas y cuentos ve transcurrir las perdurables horas, cual fugaces momentos de risas bienhechoras.

Un señor secretario, más orgulloso que una estatua ecuestre, va cortando del libro talonario los gajes del trimestre.

Y se va cada cual por donde vino bendiciendo su sino.

**

Como dantesca sombra se desliza á la luz resinosa de una tea, una figura negra que horroriza; parece un hombre... dudo que lo sea.

Desnudo y encorvado y sudoroso, famélico y sediento, se agita sin reposo en peligro constante de hundimiento, ahogándose en la estrecha galería donde un siglo parece cada hora al que trabaja allí desde la aurora hasta que muere el día.

**

¡Cuántos parias así viven y mueren condenados á torpe servidumbre, porque así lo requieren, la sociedad, la ley y la costumbre!

**

A media noche duerme el accionista sobre blandos colchones, y aun en sueños le pasan por la vista, dividendos, billetes y cupones.

El minero en su choza miserable sobre el jergón dormita, y en sueños ve pasar su inolvidable, su constante ilusión ¡la dinamita!

N. Estévez

Nuestra sociedad en el matrimonio

Debe ser el matrimonio unión que solamente verifiquen los sexos obedeciendo á mútuo amor y por llenar los fines materiales. Pocas veces se cumple en nuestros días sobre tales bases; al contrario, el matrimonio lo estima la mayoría de las mujeres puerto de refugio donde conviene echar el ancla á toda costa, mientras el hombre, por su parte, pesa y calcula minuciosamente las ventajas de establecerse y fundar familia.

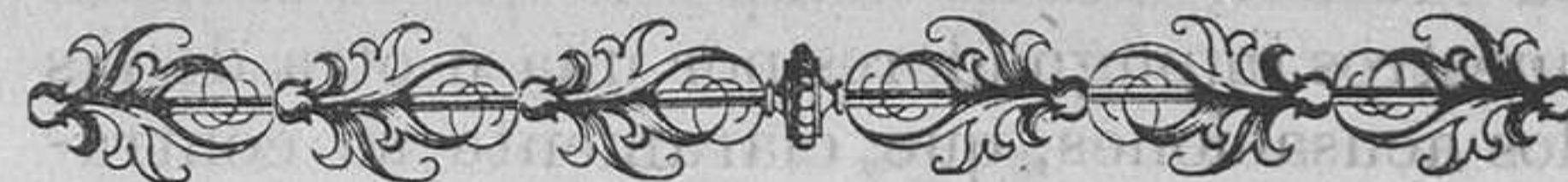
Además, la realidad brutal introduce tantas perturbaciones y tales elementos de desorganización, aun en los matrimonios que no determinaron motivos egoístas y viles, que pocas veces se realizan las esperanzas que acariciaron los esposos en su juvenil entusiasmo y en todo el fuego de su primera ilusión. Es natural.

Si el matrimonio debe procurar á los cónyuges una vida común satisfactoria, exige también, al par del amor y del respeto, la seguridad de la existencia material y la suma de lo necesario y de lo agradable, que los esposos juzgan indispensable para ellos y para sus hijos. Los sinsabores y las zozobras de la cruel lucha por la existencia, son el primer clavo del ataúd donde se entierra el cadáver del bienestar doméstico y de la dicha conyugal. Cuanto más fecunda es la unión y mejor cumple el matrimonio sus fines naturales, más pesada se hace la carga.

El campesino que se alegra á cada nuevo ternero que echa al mundo su vaca y cuenta con ansiedad el número de lechoncillos que da á luz su marrana, anunciando con alegría á sus vecinos el acontecimiento, baja la vista con aire sombrío cuando su mujer aumenta con un vástago el número de hijos que cree puede sustentar sin sacrificio enorme, y este número tiene que ser exiguo, acentuándose su tristeza si el recién nacido es una niña.

El solo hecho de que el nacimiento de un sér humano, formado á imagen y semejanza de Dios, como dicen las gentes piadosas, sea alictivo, mientras regocija el de un animal doméstico, hace resaltar la indignidad de la situación del hombre.

Augusto Bebel



Muerte de una religión

(Fragmento de la novela «Trabajo»)

Mucho tiempo hacía que el cura no ignoraba que el día menos pensado la iglesia se le vendría encima. Era del siglo dieciseis, muy estropeada, sutil, elegante, agrietada por todas partes. El campanario se había reparado cuarenta años antes. Pero los tejados, las armaduras medio comidas ya, cedían; y nada se había hecho por falta de fondos. El Estado, agobiado por la deuda, abandonaba esta iglesia de un rincón olvidado. Beauclair se negaba á contribuir, pues el alcalde no quería nada con los curas. De modo que el sacerdote Marle reducido á sus propios recursos se puso en campaña personalmente. Pero fué en vano, los fieles ya eran muy pocos, el celo religioso se enfriaba.

Marle sintió entonces que un mundo moría en torno de él. Sus complacencias no habían podido salvar á la falaz burguesía, roída por la iniquidad. Se refugió entonces en la letra estricta del dogma, para no conceder nada á las verdades de la ciencia, que iban al supremo asalto vencedor del secular edificio católico. La ciencia había abierto brecha, desaparecería el dogma, el reino de Dios volvía á la tierra en nombre de la justicia triunfante. Una religión nueva, la del hombre consciente al fin, libre y dueño de su destino, barría las antiguas mitologías, los simbolismos en que se habían extraviado las ansiedades de su larga lucha contra la naturaleza. Después de los templos de las antiguas idolatrías, la iglesia católica desaparecía á su voz, hoy que un pueblo de hermanos ponía su dicha cierta en la única fuerza viva, su solidaridad, sin necesitar de todo un sistema político de penas y recompensas. El confe-

sionario y la santa mesa estaban desiertos, la nave sin fieles; y el sacerdote, al decir misa cada día, veía crecer las grietas de las paredes y oía más estallidos en la techumbre. El templo se desmigajaba sin cesar en un trabajo oculto de destrucción, de ruina próxima, y Marle notaba los menores ruidos precursores. Ya que no había podido traer albañiles, ni para las reparaciones urgentes, dejaba al trabajo de la muerte seguir su curso, llegar al final natural de todo, y seguía diciendo su misa, esperando héroe de la fe, sólo, con su Dios abandonado, bajo el techo que crugía sobre el altar.

Una mañana, notó una inmensa grieta nueva, producida aquella noche en la bóveda de la nave. Y seguro del hundimiento esperado hacía meses, vino sin embargo á celebrar la última misa con sus más ricas vestiduras sacerdotales. Muy alto, muy fuerte, con su nariz aguileña, aún se mantenía tieso y firme á pesar de sus muchos años. Nadie le ayudaba á misa. Iba, venía, decía las palabras sacramentales, hacía los ademanes consagrados, como si una apretada multitud le viese, dócil á su voz. Sobre las losas yacían las sillas rotas, solitarias, semejantes á esas sillas de jardín negras de moho, olvidadas por el invierno bajo la lluvia: Brotaban hierbas al pie de las columnas que se cubrían de musgo. Todos los vientos soplaban por los vidrios rotos, mientras la puerta principal medio desquiciada también, dejaba libre la entrada á los animales de la vecindad. Pero quien entraba triunfante aquel día era el sol, era la vida, que tomaba posesión de estas ruinas trágicas donde revoloteaban los pájaros, y las balluecas germinaban hasta en los mantos de las antiguas imágenes. Dominando el altar, un gran Cristo de madera pintada y dorada reinaba todavía, estiraba el cuerpo débil y dolorido de ajusticiado, salpicado de sangre negra cuyas gotas resbalaban como lágrimas.

Durante el Evangelio, oyó un estallido más fuerte; polvo y pedazos de yeso cayeron sobre el altar. Después, al Ofertorio, el ruido volvióse desgarrador, siniestramente seco, pareció que el edificio oscilaba algunos segundos antes de aplastarse. Entonces el sacerdote reuniendo las últimas fuerzas de su fe, al alzar, puso toda el alma en suplicar á Dios que hiciera el milagro, cuyo resplandor glorioso y salvador él esperaba hacía tanto tiempo. Si Dios quería, el templo iba á volver á su juventud vigorosa, los fuertes pilares sostenían la nave indestructible. Los altares no hacían falta, bastaba la Omnipotencia divina, renacería un magnífico santuario, con capillas de oro, vidrieras de púrpura, maderas maravillosas, mármoles brillantes, mientras un pueblo de fieles arrodillados cantarían el cántico de la resurrección, entre millares de cirios, al resonar de las campanas echadas al vuelo. ¡Oh Dios de soberanía y de eternidad, reconstituid con un ademán vuestra casa augusta, solo vos podéis volver á levantarla, llenarla de vuestros adoradores reconquistados, sino queréis ser antes hallado Vos mismo bajo sus escombros! Y en el momento en que el sacerdote levantaba el cáliz, no fué el milagro pedido lo que se produjo; fué el aniquilamiento. En pie estaba, ambos brazos levantados en soberbio ademán de creencia heroica, provocando á su soberano Señor á morir con él, si había llegado al fin del culto. Se abrió la bóveda como al golpe del rayo, se hundió el techo en un torbellino de cascote, con el rugido espantoso de un trueno. Sacudido, osciló el campanario, se desmoronó á su vez, acabando por aplastar la nave y arrastrando el resto de las paredes. Y no quedó nada bajo el claro sol más que un montón enorme de escombros en el cual no se encontró siquiera el cuerpo de Marle, como si el polvo del altar aplastado se hubiera comido su carne y bebido su sangre. Y tampoco se encontró nada del gran Cristo de madera pintada y dorado, hecho polvo también.

Una religión más había muerto; el último sacerdote diciendo la última misa en la última iglesia.

Emilio Zola

Cuando un hombre, una mujer ó una criatura muere de hambre, como sucede con frecuencia, cada uno de los que contribuyen á sostener el sistema social bajo el cual aquellos perecen, en medio de la riqueza y de la abundancia, deben considerarse responsables del hecho.

Para todos los males sociales hay remedio, y la humanidad tiene el deber de buscarlo y encontrarlo para este terrible estado de cosas.



Desde Alayor

Buenas impresiones

El pueblo de Alayor despierta, quiere vivir. Hace dos años se fundó aquí una Sociedad de socorros mútuos y cooperativa instructiva, que va poco á poco conquistando la confianza de la opinión, y agrupando en sus filas á los obreros inteligentes. Durante el semestre que terminó en 31 de Diciembre último ha pagado más de 1.200 pesetas á sus enfermos, y aún sobraron de la recaudación unas 2.500 pesetas para fondo de reserva, á fin de que no falte la pensión á los sexagenarios cuando tengan derecho á cobrar según Reglamento.

En Agosto pasado acordó comprar una casa para establecer la Tienda cooperativa, al mismo tiempo que votó el pronto establecimiento de ésta, que, según pienso, se abrirá quizás al público dentro del actual semestre. Esto sólo bastaría para demostrar que los obreros de Alayor quieren vivir la vida de los pueblos civilizados, que piensan en el porvenir.

Pero hay más aún: los alayorenses hicieron un *mitin* en Abril último para pedir «Las Escuelas graduadas» cosa casi nueva en España, y ahora la Sociedad aludida se prepara con el fin de lograr tal mejora, apoyándose en el espíritu del artículo 2.º del Reglamento. Y que si lo acuerda y lo desea logrará su objeto, podrá demostrarlo el considerar que de los 13 concejales que forman el Ayuntamiento, entidad que debe acordar la reforma, siete se hallan afiliados á dicha sociedad, otro ha dado pruebas siempre de su amor á los ideales de progreso y de cultura, y algunos de los otros cinco, recordando tal vez que son padres de familia y que la mejor herencia para los hijos es una educación esmerada y completa, es posible apoyen la demanda y contribuyan á que se lleve á la práctica, conforme á los deseos de la opinión.

Escuelas graduadas son las que constan de tres ó más clases (grupos de niños) separados, con sus respectivos Maestros (numerarios ó auxiliares), con programas desenvueltos en gradación ascendente y bajo unidad de organización, de modo que cada clase represente un grado de la Educación y Enseñanza, en correspondencia con los grados de la evolución de los alumnos; es decir, que el programa para niños de 9 años sea el mismo, pero comprendiendo más detalles, más amplio, más extenso, que el de niños de 5 y 6 años.

Para que el Maestro pueda hacer la Enseñanza racional, para que le sea posible atender á todos los niños, para que le quede tiempo de preparar las lecciones y presentárselas á sus discípulos en forma asimilable, es necesario que no tenga muchos, que no haya de repartir sus esfuerzos entre un extenso número de educandos. Pero más preciso es aún que éstos se hallen en el mismo grado de desarrollo y desenvolvimiento mental y físico, y puedan entender, por tanto, todos juntos, lo que el educador quiera enseñarles.

Un ejemplo aclarará mejor lo que quiero expresar, poniéndolo al alcance del pueblo, de los padres, que no han tenido ocasión de enterarse de estos asuntos pedagógicos. A nuestras escuelas actuales asisten niños desde los 5 á 12 ó 13 años. ¿Qué sucede? Que el Maestro llama á los de una sección, trata en «conversación familiar» de hacerles comprender lo que es objeto de la lección sobre cualquiera materia, Aritmética, Ciencias, etc, emplea en esta tarea 20 ó 30 minutos, y ve realizados sus deseos..... si cuando más engolfados se hallan los interlocutores en su tema, un súbito desorden, promovido por los desocupados, no lo echa todo á rodar, y hace perder tiempo, oportunidad y paciencia al Educador y á sus oyentes.

¿Qué hacen durante este tiempo los niños de las otras secciones? No pueden hacer otra cosa si no escribir ó dibujar. ¿Harán estos ejercicios bien? Quien sepa lo que son niños contestará: *No*. Se cansan; lo dejan, juegan, hablan, alborotan, distraen á los demás. De modo que los 30 minutos citados solo los han aprovechado (y no siempre) los discípulos que estaban con el maestro, siendo tiempo casi perdido para los otros escolares. Llama después el Profesor á la 2.ª sección, habla con ella 25 minutos; luego hace lo mismo con la 3.ª (si no está ya rendido): resultado final: que los niños aprovechan en la Escuela una tercera parte del tiempo que pasan en ella, perdiendo casi por completo las otras dos terceras partes. Y eso en el caso más favorable de que el maestro no tenga sino 3 secciones. Peor si se vale de instructores: éstos son niños, no tienen la seriedad necesaria para enseñar, y, además, no saben enseñar; carecen de *arte*, aún suponiendo que conozca bien la asignatura.

Estableciendo las «Escuelas Graduadas» cada Maestro tendría 40 niños ó 50 de la misma edad, poco más ó menos, y de igual ó parecido estado de desenvolvimiento psico-físico, podría explicar á todos juntos, sería posible atender á la educación integral, los niños aprovecharían todas las horas de clase, ganaría mucho la disciplina, los maestros serían algo más que meros encargados de poner orden en los locales de clase.

En las asambleas de enseñanza celebradas en Madrid en Agosto y Diciembre del pasado año, se acordó por aclamación, y sin discusión apenas en ambas, que se establecieran las «Escuelas graduadas». Lo cual quiere decir que todos los maestros están ya convencidos, de que no es posible la educación en nuestras actuales escuelas.

Para poder establecer una «Escuela graduada» de niños por ahora (las de niñas vendrán más adelante) deberá el Ayuntamiento de Alayor gastar de seis á setecientas pesetas para el sueldo de un Maestro-auxiliar, que se encargue de una sección, dando por hecho que el Gobierno no quiera que se suprima una de las dos plazas de Maestro y se creen dos Auxiliares á las órdenes de un director, pues si pudiera lograrse ésto el aumento de gastos no sería tan crecido. Aunque se hayan de aumentar setecientas pesetas atendiendo á que con ello podrán *Educarse* 150 niños, pues divididos en tres grados tendrá cada Maestro 50 de la misma edad y de igual estado de cultura, y podrá por tanto atender al desenvolvimiento completo de todas sus energías, potencias y facultades psico-físicas.

Hoy asisten á una Escuela 100 niños, á la otra 10 ó 12 y se gastan más de tres mil pesetas en sueldo y gratificaciones á los Maestros. Cualquiera persona que piense puede comprender que un solo hombre encargado de guiar 90 niños de todas edades no puede hacer más que obligarles á que lean, escriban muestras y cuenten, los pocos ratos que el ruido permite que se entiendan.

Es pues de alabar la iniciativa de los padres de este pueblo, y si perseveran en sus dignos propósitos se puede asegurar que recogerán pronto el fruto de sus esfuerzos.

Los obreros solo se redimirán por la unión y por la solidaridad; ellos tienen más necesidad que las

otras clases de saber desterrar de sus móviles de conducta el egoísmo. Cuando el *egoísmo* individual haya cedido el puesto que hoy ocupa á la solidaridad y al *sacrificio* mútuo, cuando los obreros tengan su vista corporal y su *vista* intelectual bastante bien educada para *saber ver* su conveniencia, no en *coger enseguida* el mendrugo que se halla á su alcance, sino en saber esperar la ocasión, viendo las causas originales de sus miserias y de sus desdichas, y sabiendo conservar la *unión* á través de todos los cebos que sus enemigos les ofrezcan para hacerles caer en la trampa, cuando los asalariados comprendan *bien* sus intereses, entonces se resolverá como deba la cuestión social y todos los hombres de buena voluntad tendrán la parte que les corresponde en el *banquete de la vida*.

Ven lejos, comprenden sus intereses, los padres de Alayor que se ocupan y se preocupan de la Educación de sus hijos. Decía una eminencia nacional, no ha mucho tiempo, que en su concepto no había cuestión *social*, ni *religiosa*, ni *política*: no hay en el fondo, afirmaba, sino una cuestión *Educativa*. Podrá ser alambicado el concepto, pero en el fondo es cierto.

Y sobre todo, sea exacto ó exagerado, los alayorenses están en buen camino, porque aunque piensan en el porvenir de sus hijos, procurando puedan recibir una buena y completa educación, no descuidan lo presente ya que tienen dietas para los enfermos, socorro para los impedidos y pensión para los sexagenarios; piensan establecer una Tienda cooperativa para comer géneros buenos y á precios lo más económicos posibles; tienen en estudio la creación de una cooperativa de producción, para quitar, en todo lo posible por ahora, los intermediarios entre los consumidores y los productores, y de seguir *unidos* y firmes en sus convicciones, y en la lucha por el ideal, seguramente no serán estas las últimas y definitivas reformas y mejoras que se les ocurra introducir en su modo de ser actual, para que sirvan de contra-peso y alivio á las injusticias y desigualdades sociales en que vivimos; y de preparación para un porvenir más justo y equitativo.

El Corresponsal.



Las madres solteras

¡Oh! no insultéis á la mujer que cae.

Victor Hugo

Y A he dicho que cada día son más frecuentes los casos de aborto, de destrucción de los hijos; más de una vez he expuesto y desarrollado sus causas. He acusado á los filántropos y economistas que suprimen los *turnos* y el misterio. He denunciado esa *usurpación* inmoral realizada por hombres jóvenes y robustos de los trabajos que pertenecen á las mujeres, *usurpación* que no les deja otra posibilidad de vivir que la prostitución.

He acusado á esa estúpida barbarie de las costumbres que hace que cuando una pobre muchacha se deja arrastrar por el amor que inspira ó por el que siente, cuando cree un instante que el hombre que está á sus pies no es un cobarde, un embustero y un traidor y se confía á su honor, si aquel hombre en seguida la abandona sin socorro, es la víctima, la deshonrada y no lo es su asesino.

Otra estupidez de la opinión es la de una muchacha engañada que se decide á ser á la vez el padre y la madre de su hijo, á trabajar noche y día para mantenerlo, á no comer para darle pan; que esta muchacha que realiza un acto heroico que tiene que repetir todos los días; que esta joven que debiera hallar en todas partes apoyo y admiración,

sea rechazada y objeto del desprecio universal.

Pues bien; confieso que me he conmovido de indignación y de piedad viendo impresas estas palabras de un magistrado á una muchacha citada *como testigo* en una causa por aborto: «Usted parió sin estar casada.» Esto es tan odioso, que no se para uno á pensar que también es estúpido. Seguramente en aquella circunstancia, cuando otra mujer era acusada de un crimen de aborto, lo que había que decir á la testigo que había dado á luz un hijo, que había afrontado la vergüenza por verlo vivo, que había arrostrado la miseria por conservarlo, lo que había que decirle era: «Usted ha sido animosa, honrada, heroica; se ha puesto usted por encima de la opinión pública al afrontarla.»

Pero no, un magistrado le infiere un insulto, una vergüenza pública, y os asombraréis en seguida, vosotros los imbéciles que imponéis la vergüenza á las víctimas, que les arrancáis el misterio, vosotros los filántropos, los magistrados que no sabéis separaros de la bárbara estupidez vulgar, vosotros, digo, os asombraréis de ver acrecentarse sin cesar el número de los abortos y de los infanticidios.

Una palabra todavía. La justicia es ya bastante terrible sin que tenga necesidad de hacer aspavientos y ahuecar la voz; bastantes casos hay en que tienen que castigar, sin meterse á usurpar su papel á los predicadores; la justicia no debe castigar sino lo que la ley castiga. Un magistrado no tiene para qué hacer frases sobre «las relaciones culpables»; todo lo que la ley no castiga es inocente á sus ojos, y ese aire enfático quita dignidad á la justicia.

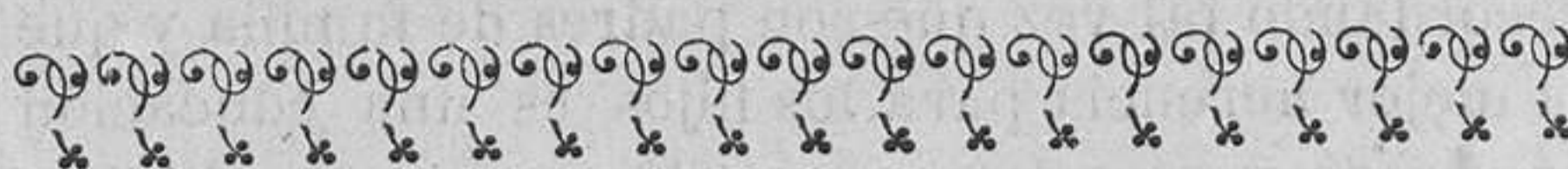
Alfonso Karr



«La misión de las clases intelectuales, si han de hacerse perdonar el privilegio de *haber podido* instruirse y educarse, es desamortizar la ciencia, popularizarla, ponerla al alcance de todos.»

Estas palabras son copiadas de *La Antorcha Valentina*, número extraordinario de 5 de Enero, y las firma el diputado republicano A. Lerroux.

Las trasladamos á D. José Nakens para que se escandalice en la sección *Crítica de críticos* de su *Motin*.



Movimiento social

Valencia.—Como ya os dije en mi anterior el movimiento obrero es grande en esta ciudad.

Después de los triunfos alcanzados por las secciones de albañiles, ebanistas, canteros, panaderos, torneros en madera y tallistas, han triunfado en sus peticiones los obreros constructores de carros y los carpinteros; los de carros han logrado rebajar la jornada á nueve horas en vez de diez que trabajaban antes de declararse en huelga y el reconocimiento de la sociedad por los patronos; los carpinteros han conquistado, después de diez y siete semanas de huelga, la jornada de ocho horas, siendo ya con esta seis las secciones que trabajan dicha jornada, alcanzada por haber empleado una táctica digna y enérgica.

El grupo de compañeras que redactará el periódico «La Humanidad Libre» tiene adelantados sus trabajos, de modo que el primer número aparecerá el día 1º del proximo Febrero. Los que quieran relacionarse con el nuevo colega pueden escribir á la calle de Lepanto, 16, 4.º derecha. Valencia.

José Alarcón



Hemos recibido un elegante calendario americano de la *Compañía Francesa de Seguros sobre la vida y contra incendios «El Fenix»*. Agente general en Menorca: D. Juan T. Vidal, Moreras, 10, Mahón. Agradecemos el obsequio.

Libros y folletos que se hallan en venta en la administración de EL PORVENIR DEL OBRERO:

ORIENTACIÓN SOCIOLOGICA, por Sebastián Suné, 1 peseta.

LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por Leopoldo Bonafulle, 10 céntimos.

ENTRE CAMPESINOS, por E. Malateste, 25 cts.

LA HUELGA GENERAL, por José Lopez Montenegro, 25 cts.

Sociedad Cooperativa «El Porvenir del Obrero»

Resultado de la elección efectuada en el día 22 de Diciembre de 1901 en Junta general ordinaria, para elegir nueve Vocales de la Administrativa:

Elegidos

- Jaime Roselló Triay.
- Juan Taltavull Riusech.
- Juan Gomila Briones.
- Alonso Parpal Coll.
- Joaquín Cavaller.
- Francisco Palliser.
- Miguel Ribé.

Reelegidos

- Juan Arbona Corantí.
- Antonio Coll Ponsetí.

LA PRIMER SEMILLA

Asociación de obreros zapateros

El lunes 13 del corriente se verificó la Junta General reglamentaria en que se aprobaron las cuentas y resultaron reelegidos para Presidente Pedro Taltavull Capó, Tesorero Matias Carreras Gofalons y Secretario Jaime Rodrigo Arbona.

El lunes próximo día 3 de Febrero se celebrará Junta General, suplicándose la asistencia de los asociados.

Sociedad de oficios varios «Solidaridad», de Villacarlos

El domingo día dos del corriente se celebrará Junta General ordinaria para renovar la Junta directiva, y otros asuntos de interés para los asociados.

Sitio y hora: en el local que ocupa la sociedad situado en la carretera que conduce á Mahón y que forma esquina con la calle de la Iglesia, á las dos de la tarde.

Compañeros y compañeras: no dejéis de asistir, porque la prosperidad de las asociaciones depende principalmente de la incansable asistencia á los actos sociales.

Solidaridad Internacional para los

obreros presos y perseguidos

Ptas. Cts.

Suma anterior.....	19'40
Uno que desea un cólera á la burguesía.....	0'25
Moranta.....	0'50
Miguel Pons Taltavull.....	0'25
A. M. S.....	0'25
Juan Olives.....	0'15
Caserio.....	0'50
Barbaroja.....	0'20
Sastre.....	0'25
A. Obispo.....	0'25
A la memoria de Bresci.....	0'20
A. Llambias.....	0'25
Antonio Pons.....	0'50
Lorenzo Lopez.....	0'25
Ramón Sintés.....	0'0
Juan Olives.....	0'25
Pedro Fuxá.....	0'25
Gabriel Alsina.....	0'25
Uno que pide lo que es suyo.....	0'25
Francisco Mateu.....	0'25
Antonio Roger.....	0'25

(Continuará.)

Suma..... 25'45